

Juan Antonio Massone del Campo

ACERCA DE LA NARRATIVA DE ANDRÉS GALLARDO

2 de agosto, 2004

INTRODUCCIÓN

Andrés Gallardo Ballacey lloró por vez primera el 26 de noviembre de 1941, en Santiago. Desde entonces lo ha hecho varias veces, aunque aprendió también a conjugar muchos otros verbos. Uno de ellos, y de modo sobresaliente, escribir. En este autor se trata de una escritura seria que provoca risa, o mejor, sonrisa, ese intermedio de gesto interno mediante el cual la percepción y el examen de lo visto y oído, de lo presentado y de lo oculto acuerdan un pacto de complacida tristeza, o de ligera aprobación; otras veces ofrece perspicaz apostilla de realidades humanas y de seguro desplante idiomático.

Sus libros son narraciones: cuentos y novelas. Cinco hasta ahora. Ni mucho ni poco. Número suficiente para congeniar más aún con la sonrisa a propósito de esa historias que, de suyo, parecen no tener de protagonistas sino a personajes cotidianos y familiares, sumidos en biografías de sentimientos, de herencias, de horizontes, de cavilaciones retóricas, de apetitos con alguna desmesura, pero sin hacer mucho daño a los demás, porque los caracteres de Gallardo antes se desean acogidos del beneplácito y la aprobación ajenos, o bien, entusiastas de conquistar una mínima ocasión de perdurable memoria en otros, en vez de avasallar con destempladas actitudes y pensamientos sesudos. Son ellos personajes con humanidad propia de antihéroes, o de individuos de la medianía a quienes se mira y presenta con espíritu comprensivo.

Nadie podría negarles su condición criolla, pues, como en la mayoría de los chilenos que se precien de serlo, o son ganados de caciquismo, o atacados de qué dirán y de complejo adanista, ese afán de fundar el mundo que suele desvelar, con imprudencia, candor y otras demasías a nosotros, los chilenos, según destacara de nuestra idiosincrasia el educador don Roberto Muñoz Aguirre. Aún así, todos, incluso tía Sidonia, acaso la más implacable e indómita de orgullo entre la numerosa parentela de estas narraciones, muestran un flanco reconocible de lo humano. Y esto deseo encarecerlo, porque ninguno de los personajes es

monstruoso ni está empeñado en otro asunto sino en vivir a una altura tratable por los demás

Esa disposición de ánimo, unida a circunstancias forjadas a base de lazos familiares, ambientes de trabajo, especialidades de disciplinas y de oficios, pequeños sueños, desbordes en los que pelagra la debida aceptación por parte de la tribu a que pertenecen: familia, empleo, pares y sociedad, queda bien representada en aquellos segmentos que forman elenco capaz de arrancar simpatía del lector, al tiempo que desnudan con prolijidad la trama en que sus existencias pretenden respaldo.

Historia de la literatura y otros cuentos (1982); Cátedras paralelas (1985); La nueva provincia (1987); Obituario (1989); Estructuras inexorables de parentesco (2000) son, hasta ahora, los libros literarios de Andrés Gallardo, pues, como se sabe, en su calidad de lingüista es autor de trabajos especializados que también han merecido elogio y reconocimiento de sus pares de esa disciplina.

LA PARODIA, UNA PERSPECTIVA DE LO REAL.

Tal vez lo primero que resalta de los textos de nuestro autor es el tono paródico con que los refiere. En cada uno de los libros infunde, desde el título, un sentimiento de trashumante significado. A partir de asuntos subentendidos en su fijeza o inequívoca semántica, Gallardo trasiega fisonomías y consigue inesperados alcances. Levanta de aquellas referencias iniciales la cáscara o las escamas que podría petrificarlos; en cambio los devuelve desde la vívida biografía narrativa de los protagonistas y, por extensión, acerca el ambiente que supone cada una de las historias.

La realidad previsible se desmanda en nuevas versiones. El autor sabe contar. Mantiene siempre el interés, porque en las reiteraciones de que echa mano como uno de los expedientes predilectos, regala existencias completas que llaman la atención por la fragilidad de supuestos sobre los que edifican el diario vivir, sin que falte a acompañarle otro factor importante: la poderosa inercia de usos y de costumbres imperantes en cada caso. Dijérase que Andrés Gallardo aprendió de Cervantes ese mirar irónico, fiel y desprejuiciado de quien no se dispone más que a acoger lo real en estado de candorosa humanidad, sin concesión a erigirse en juez ni en dispensador de dictámenes, aunque no por ello anule la visión crítica implícita en cada caso. Otra herencia áurea posible corresponde a lo que bien podría llamarse con el título calderoniano: el gran teatro del mundo, porque los ambientes y argumentos saben erigirse acopios de conductas, de modos de ser, de motivos caracterizadores que ofrecen un espectáculo variado, contrito, divertido y heterogéneo.

Contrasta el engolamiento de nombres e intentos de realizaciones con que son presentados algunos personajes y los frutos que cosechan de cuanto emprenden

y blasonan. Y ese recurso contrastivo, blanco y negro en que se dispone lo humano es una de las gracias del autor. Paródico su procedimiento, sigue de cerca los dichos en diálogos y en soliloquios. Se complace en allegarlos como quien dedicara esfuerzos de reproducción fidelísima de hablas cotidianas y de relaciones establecidas. Y, sin embargo, el mimetismo en el que pudiera contraer desinterés y estepa literaria, es superado al enriquecerlo con la sorpresa de reacciones y de cabildeos que aportan fisonomía. Jamás quedan ayunas de trasfondos insospechados las historias en que cunde la ironía y hasta cierta consternación.

Pero el sentimiento de cercanía y de calidez que el autor muestra para con sus criaturas no disminuye la distancia suficiente que permite verlos en acción, sin que sean marionetas ni palitroques.

Un sí es no de probabilismo respecto de la verdad última de sus mentados protagonistas es, a su turno, otro beneficio de los libros.

"Don Vicente Ramírez de Arellano fue durante 27 años el mejor sastre de Curicó; don Vicente fue un excelente sastre, un considerado marido, un solícito padre, un moderado bebedor de pisco con bilz, un constante jugador de brisca, quizás un excesivo jugador de brisca, quizás por eso un día su señora, luego de madura meditación, decidió abandonar el hogar y largarse a Purén con Raúl Ceballos Armijo, que habrá sido todo lo alcohólico que se quiera, pero jamás había tomado un naípe entre sus manos".

No resumiré lo que sigue. Pero la historia es tan notable en sus reiteraciones como en los destinos por los que se endilgan las biografías de doña Berta, esposa de don Vicente, y este jugador de brisca al que la vida le da y quita a su esposa, de acuerdo a su reincidente conducta lúdica y a los no menores entusiasmos eróticos de ella. El juego del naípe y las aventuras pasionales corren parejas hasta que los años llevan a ambos a convertirse en autores de sendos libros: Historia del Criollismo: de Blest Gana a Droguett, el de él; Memorias eróticas, el de Berta.

El recurso paródico es, por definición, burlesco, aunque admite una gradación extendida desde el cruel sarcasmo hasta el pinchazo irónico. Aprovecha el autor de exponer con decidido realismo variaciones gesticulantes en las que deviene el empeño humano. Con frecuencia, lo apetecido o lo codiciado burlan expectativas y desengañan las grandezas que el deseo convirtiera en santo y seña de dicha. No hay sino desparpajo contundente de una realidad que pone en medio de la calzada la flaca desnudez de todo impulso y figuración humanos. El corolario corresponde al fracaso de los intentos, o a los paupérrimos guarismos de tantos desvelos.

Los personajes de Andrés Gallardo creen, en algún momento, columbrar cierta carta de triunfo a través de alguna idea fija a la que confían la realización de sus vidas y la perdurabilidad de sus memorias. Algo así como "cada loco con su tema". Pero no se vea desdoro en ello, pues en esa actitud de absorbente interés

estriba la singularidad de esos largos o pomposos nombres, o bien, de aquellos tradicionales que conocieron de preferencia otros tiempos, bajo los cuales se amparan humanidades tan risibles como conmovedoras.

Don Gaspar Cifuentes, don Baltasar Plasencia y don Obdulio Meneses se entregan a la ímproba tarea de convertir a Coelemu, localidad disputada por Ñuble y Concepción, en comuna autónoma y, según crece la desmesura, en República independiente. Y, andando los tiempos y soplando otras ventoleras ideológicas, en República Latinoamericana popular de Coelemu. Todo eso sucede en la novela *La nueva provincia*.

Pero la desmesura no queda en mera idea; antes bien, se propaga en palabras solemnes y retóricas de ocasión, en brindis entusiastas de pechos inflamados de emoción que lleva a dar por indiscutible la idea que se tiene de sí. Y, cuando el entusiasmo crece, hasta alcanzar un clímax desbordante, prorrumpe un lirismo de efeméride que el autor destaca con ingeniosa cuanto burlona complacencia.

En un momento de definiciones en que parece jugarse el destino de la dignidad personal no menos que el del terruño, don Gaspar Cifuentes, soliviantado por su crispada impaciencia, dice:

"Señores, basta ya de prepotencia penquista, basta ya de cantos de sirena chillanejos; ya tenemos más que suficiente con el centralismo impersonal santiaguino. Señores, con serena responsabilidad, anclado en la historia y con la mirada confiada en el futuro, me atrevo, por fin, a declarar lo que por años he llevado oculto en mi corazón: Coelemu está maduro para convertirse en provincia, la provincia de Coelemu, capital Coelemu".

Otro recurso de humor queda registrado cuando el narrador se vale de la forma clásica de rotular cada capítulo del libro. Valga un par de ejemplos para mejor explicar este recurso paródico. La portada literal del capítulo X reza así: "*Que insiste en mostrar cómo la conducta de los jóvenes nunca termina de confundir a los mayores y cómo en esa misma conducta, paradójicamente, los mayores pueden hallar insospechados impulsos para tomar decisiones trascendentales*".

Tono similar aparece al frente del capítulo final: "*Donde la historia, como no podía ser de otro modo, termina del modo como en él se cuenta*".

El ímpetu delirante capaz de negar la más flagrante realidad que se le opone mediante la tendencia nominalista con que se presume modificar lo indeseado, el viaje que emprenden las autoridades del nuevo gobierno coelemano, las deserciones y las mofas, el sentido realista femenino que mejor distingue entre anhelos y probables logros, las cartas oficiales, los brindis y oralidades inflamadas de entusiasmo y retórica, así como los requiebros amorosos y los numerosos contrastes sitos en el argumento provocan consideraciones que, por más de un motivo, emparentan esta criolla y semi rural historia con la de la pareja inmortal cervantina.

La oposición entre la pequeñez histórica que encarnan estos personajes de *La nueva provincia* y la grandilocuencia con que hablan y son presentados en

los respectivos capítulos a base de un referente del Siglo de Oro, brindan otro eficaz argumento de cuanto se ha afirmado de la parodia como trato expresivo de lo real.

En *Obituario* lo serio del morir y de la muerte es contrastado con las preconcebidas declaraciones de un entorno que quiere domesticar lo ineluctable como si dispusiera de poder conjurador mediante retórica municipal y bomberil con tal de rubricar lo misterioso a punta de lo inútil que, como se sabe, el mármol olvida también con destañida indiferencia. Mucho antes lo hace la memoria de los deudos.

Libro serio, de realismo punzante, aunque jamás chocarrero, rasgo ajeno en las obras de Andrés Gallardo. En cualquiera de los cien textos breves de que está conformado, puede empezar la lectura. Breves, contundentes, definitivos dejan ver el envés y el revés de la trama. Grandeza y pequeñez humanas ensamblan a veces para mejor ofrecer capas y niveles de realidad: la solitaria y la social, la pretendida y la íntima, la sometida al tiempo y aquella que lo deja perplejo, a punta de silencio y de motivos que, en su hora, se los siente poderosos e ineludibles.

"Ester Boccherini Liebermann y Luis Bernardo Matus Awad se casaron para ser muy felices. Lo malo no fue que Ester fuera medio judía y Luis Bernardo fuera medio árabe. Lo malo fue que Ester sufría, al parecer, de ciertas excedencias hormonales y que Luis Bernardo sufría, al parecer, de ciertas insuficiencias hormonales. El problema no es, entonces, que en plena luna de miel hayan aparecido los dos muertos; el problema es quién envenenó a quién para liberarse de sus excedencias o insuficiencias y después se envenenó a sí mismo para liberarse de sus excedencias o insuficiencias".

Un segundo ejemplo enriquece la muestra y da que pensar. Porque las historias del autor atraen y, por eso mismo, entretienen. No se queda en divertimento ni en nadería. Inútil desentenderse de considerar la faz de nuestra humanidad chilena, al cabo no muy distinta de las otras si se trata de lo esencial. La rica variedad de situaciones de que echa mano su imaginación y sus registros de lector acude con entusiasmo a sentar una de esas verdades inagotables que Borges gustaba de subrayar: lo que sucede a un hombre, puede ocurrirle a cualquiera.

"Ramón Albala vivió poco y escribió menos. Vivió treinta y tres años y escribió tres líneas en el álbum de su prima Cecilia Cordero. Escribió "somos unos pajaritos posados en una débil rama mecida por la brisa. Cantamos o lloramos y de un momento para otro callamos para siempre". Una invisible brisa se llevó a Ramón y ni siquiera en San Francisco de Mostazal hay una calle que lleve su nombre ni un cronista que glose la memoria de tres líneas memorables".

Si algo destaca la narrativa de nuestro autor es, precisamente, el registro de la fragilidad humana. Y, en ello, pone lo mejor del humor y de la conmiseración.

El primero arranca de una paleta de variopinto cromatismo; la conmiseración, en cambio, tiene sus fueros en la comprensiva mirada hacia lo humano. Por eso mismo, al narrar lo hace con naturalidad que muestra a lo doméstico –mitad fatal, mitad habitual–, confundido con el deber ser de la sociedad y que, en la familia, detenta una muestra elocuente de encuentros y desencuentros tan premiosos como eludibles pueden ser ciertas reprobatorias conductas.

Y es que en el tramado de rutinas, falsas grandezas, sinvergüenzuras y frases hechas, además de algún afecto y memoria benigna en que lo real inmediato obtiene cierto equilibrio para no desesperar, la familia constituye un ambiente inmejorable de donde obtener conductas de la flora y fauna humanas.

Junto con parodiar textos literarios famosos, los siete cuentos de *Estructuras inexorables de parentesco* recaba en esa primera realidad social una curiosa muestra de posibilidades en las que no se amilana lo increíble, lo ridículo ni la conducta reprobable, aunque tampoco falte el rasgo simpático y el buen recuerdo.

La sola mención de los cuentos despierta alusiones literarias. En este sentido, existe una competencia del lector exigida por los textos. "Crónica de una muerte asumida", "El encanto frágil de la burguesía", "Conversación en la capilla", "El obsesivo pájaro de la noche", "El ideal de un putamadre", "El mundo es agrio y artero", "Canto de vida y esperanza". Los nombres de Gabriel García Márquez, Luis Buñuel, Mario Vargas Llosa, José Donoso, Alberto Blesta Gana, Ciro Alegría y Rubén Darío acuden sin demora. Como sea que fuere, tanto las novelas como los cuentos de Gallardo constituyen lenguaje de múltiples resonancias en las que sale ganando el regocijo lector. Literatura inteligente y sensible. De la buena. La palabra engendra reacciones y, también, otras palabras como éstas. Lo que ya no es tan bueno.

LA HISTORIA, TRASFONDO NOVELABLE

¿De cuál cantera obtiene el autor sus materiales narrativos? Desde luego, de su capacidad perceptiva del entorno, a no dudarlo de la experiencia que obra en su propio horizonte y, no menos, de la historia nacional y de la época sísmica de las últimas décadas. Así, los argumentos narrativos se nutren, yuxtapuestos, de niveles referenciales. *La nueva provincia* extiende su alusión, pero más todavía, la propiedad histórica en que asientan los personajes –aspecto dominante en el autor–, a partir de la inmediata segunda posguerra y el golpe de Estado de 1973.

Ese modo de ser criollo que resalta desconfianzas, pero también alianzas, el siempre vigente problema del centralismo engullidor en frente del alicaído u olvidado provincialismo, los usos retóricos con su manía de reproducir en ciudades más pequeñas costumbres tan vilipendiadas pero repetidas de Santiago, los sonados arrestos de dignidad en discursos de ocasión, los mundos paralelos masculino y femenino: ámbito público y privado, respectivamente; la constancia dinámica

de una historia que cambia de mando, de discurso y de palabras prestigiosas que, a su vez, llevan a los protagonistas a acomodarse o, bien, a restar desplazados sin más en esa carrera del devenir incontrolable y contundente. En suma, una serie de hechos y de asignaciones semánticas que mejor muestran la colisión entre el individuo respecto de la hora y el entorno que le corresponde habitar.

Cátedras paralelas, primera novela de Gallardo, plantea una situación de suyo conflictiva: la súbita cesantía de Juan Pablo Rojas Cruchaga, catedrático de teoría literaria —conocido por el diminutivo Rojitas—, un profesor a quien se despide sin gloria alguna del trabajo y debe enfrentar el aterrizaje forzoso en una realidad que demanda dinero y no entelequias, que le exige vigor en el riesgo y no dilaciones, y, por si fuera poco, le revela la endeble naturaleza de las relaciones humanas que, hasta entonces, pensaba firmes y forjadas en el respeto y la buena consideración a su persona. Bruscamente se ve confinado a su casa y a la fiel Nana que lo atiende. Lo demás es contagio de inutilidades. Intenta rehacerse e instala un taller de semiótica. Vano proyecto. El saber académico sólo goza de prestigio y atracción en la universidad. Fuera de ésta, la calle, el trabajo sustentable económicamente transcurren con otra lógica. La ciudad vuélvese inhóspita. ¿Qué le queda? El recurso del campo, la tierra de labrantío en donde desplegar en nuevo proyecto de vida. Sólo que ese ámbito demanda conocimientos de los que carece por completo.

Manejos oscuros son los móviles de su defenestración. Tráfico de influencias. Más atenuado que *El Proceso* kafkiano, pero de todos modos un procedimiento impasible, categórico e inapelable le separa de lo habitual y de lo que, a todas luces, parece constituir el único expediente adecuado con qué obtener los medios de subsistencia.

Ese recurso de inserción en tiempos y sucesos reconocibles apoya el carácter de realismo narrativo, sin perjuicio que el recuerdo y la cita de nombres, hechos e incluso la data de aquéllos arrasen el interés de la ficción. Jamás queda ésta a la zaga de los materiales previos. De haber sido así, estos cuentos y novelas constituirían documentos, no creación.

Andrés Gallardo, sin acudir a manifiestos atestados de cacofonías ni a descubrimientos literarios auto asignados originales, logra un resultado mucho más interesante sin bulliciosa arrogancia, pues hace visible trasfondos de lo humano a partir de seres comunes, dotados, eso sí, de expresividad que sabe revelar fisonomía del pecho y de las rutinas, tornándolos retratos amables en su indefensión, verdaderos espejos de tipologías y, lo que es mayor acierto, personalidades diferenciadas.

Más allá de clasificaciones y de pormenores propensos a la entomología literatosa, en la que también se acredita la muerte, el mundo de lo familiar y de la patria chica, sus dos espacios predilectos, suman ordenamientos en pos de una forma que complace: el fluir de la historia como si ella fuera un manera de conversación a distancia, y hasta un recado de la memoria. Importa contar. Al

hacerlo acoge la verdad inquietante de aquellos secretos familiares o de personajes premunidos de fuertes raigambres en lo encarnado y descubierto de vividas, pero cautivos de la veleidad, el endurecimiento afectivo y el premioso acontecer de fuerzas que les superan, en mucho, posibilidades más sobresalientes de vivir.

Un corolario se ofrece sin esfuerzo: nadie conquista las desmesuras en que se afana, además de ser, casi siempre, opaco para el resto. Sólo el afecto desprejuiciado sabe restablecer la verdad más íntima, esa misma que las tías, obedientes del parecer ajeno, se empeñan en esconder y hasta en negar.

"La diferencia está en que, para las tías, mientras los hechos de la familia no salgan a la luz pública o no se comenten, no son hechos, y por ende se puede seguir viviendo tranquilamente. No, señor; ya lo señale al comienzo. Yo no soy así. Si un hecho existe, existe; si un hecho es preocupante, me preocupo; si un hecho es como para comentarlo, lo comento, por cierto lo comento con quien corresponde y como corresponde."

¿Podría constituir este párrafo una declaración literaria? Desde luego, la cautela aconseja descreer de literalidades muy ceñidas. Con todo, parece ser aceptable el indicio que ofrece la cita respecto de una forma de narrar. El suyo: un modo convincente de traer a superficie esa verdad oculta al ojo distraído o al hábito escamado. Importa aquella seguridad natural con que levanta obstinaciones de ocultamiento y persuade de que lo dicho en las páginas es una verdad que ahonda en lo real, o, al menos, es una versión no menos singular y querible.

Si, además, debe echar mano de auto referencias, ello no es obstáculo. Acepta con beneplácito porciones ofrecidas de su propia reserva, ya veraz, ya supuesta, en el bien entendido de que corresponden a otro venero de enriquecimiento narrativo y de enfoque irónico.

"...terminó animando la inauguración del cine República un joven coelemano cantor de boleros de apellido Gallardo, que con voz romántica se las arreglaba para que no le faltara trabajo en los centros nocturnos de la zona de Concepción y Talcahuano".

Las historias ensamblan perspectivas del narrador que, por momentos, se presenta en posesión de absoluto conocimiento de cuanto cavilan y profieren sus caracteres; variando en otras cuando elige la suposición, o, simplemente, siendo un fiel transcriptor del ir y venir del lenguaje en los diálogos. Dicha variedad aleja cualquier pesantez que pudiera inhibir la lectura.

"Plasencia llegó, en cierto modo, como un remanso. Llegó un jueves por la tarde, se juntó con Cifuentes y con Meneses y les dijo "bueno, está todo listo; el fin de semana nos vamos a Cobquecura". Cifuentes preguntó "¿con señoras?". Plasencia no dijo "no", sólo dijo "bueno, si ustedes quieren, podría ser, pero yo creo que por

esta vez sería preferible que fuéramos los tres solos". Meneses dijo "vamos a tener que conversarlo". Plasencia dijo "quiero que conozcan mi ciudad natal conmigo, quiero compartir una emoción genuina con amigos leales". Cifuentes dijo "yo creo que las señoras van a comprender". Plasencia se ofreció para explicarles la situación a las señoras, pero Cifuentes y Meneses se negaron cortésmente. Cifuentes dijo "yo le voy a explicar a Sofía", Meneses dijo "yo le explico a Laurita"; Cifuentes y Meneses dijeron "no creo que haya inconveniente", Cifuentes insistió "yo creo que no va a haber problema". Plasencia no insistió. Sólo confió."

No menos importante es el conjunto de elementos con que ofrece un panorama risible del mundo, a despecho de la gravedad de acontecimientos que se ciernen en los destinos particulares. Los nombres y las actitudes, lo mismo que cierto aire perogrullesco que embarga a los personajes provocan sorna y, de paso, revelan una predilección por el modo oblicuo de deslizar el carácter de las situaciones. Los énfasis colaboran en cautivar la atención y, así, los capítulos apuran pormenores y, en esa marcha nunca jadeante, consigue explayar una atmósfera que envuelve pequeñeces y estimaciones antitéticas.

Si el carácter paradójal de lo humano constituye venero inagotable para el escritor, éste debe optar entre las muchas posibilidades que esperan la presencia de la forma. A su turno, esta última debe fundirse con la zona de lo real que le acucia, al tiempo que brindar hospedaje a la parcela de mundo en que la atención, fija en la necesidad expresiva, espera el advenimiento de la palabra pletórica de sentido, pues en ella el mundo supera contundencias y aglomeraciones de hechos externos y caducos, transformándolos en oportunidad de encuentro, en invitación y en nueva consciencia de lo posible y de lo vedado.

Estoy seguro de que nuestro autor consigue en su escritura establecer mundos y darnos de éstos una versión cautivadora. Esa gracia de contar ha supuesto de él, talento y trabajo, de consuno. Sus historias ostentan linaje de literatura cabal. El mundo y lo humano son reconocibles, siendo nuevos. La palabra reconoce esta orilla, mientras envía mensajes al encuentro de lo humano en clave chilena. Leer los libros de Andrés Gallardo regala la felicidad de esa comprobación.